

CONJURA DE OTOÑO

CONCEPCIÓN PEREA

ALIANZA EDITORIAL

Revisión de pruebas a cargo de Antonio Torrubia y Sara Segovia Esteban.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Conjura de otoño © 2025 de Concepción Perea,
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© del mapa: Jacinto Soto, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

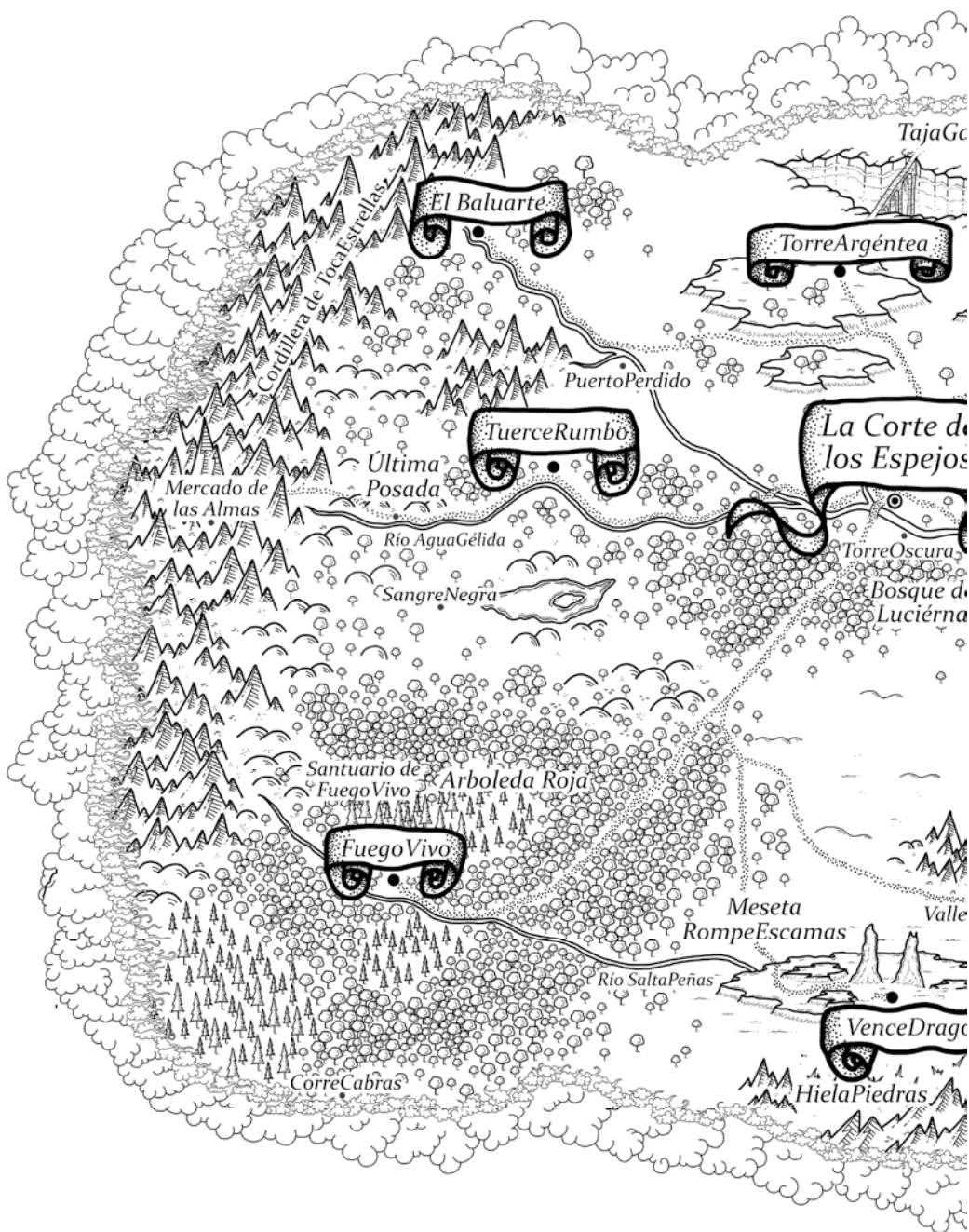
28037 Madrid

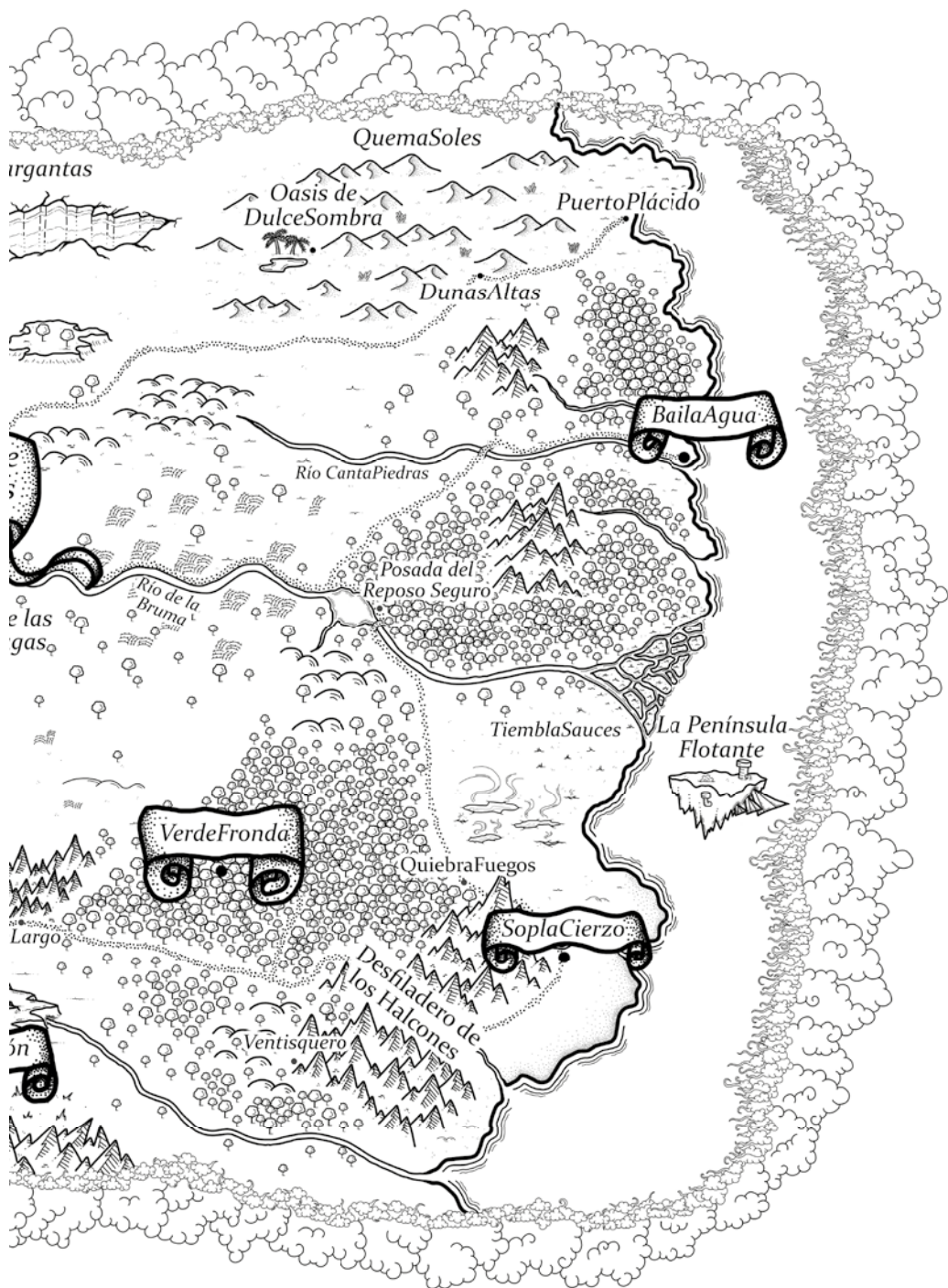
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-087-6

Depósito legal: M-11906-2025

Printed in Spain





Para Jordi

*When I thought that I fought this war alone,
you were there by my side on the front line.*

Poets of the fall. War.

Prólogo

La calma era engañosa. Un lugar tranquilo no tenía por qué ser necesariamente seguro y las hadas que solían reunirse de noche a las afueras de la ciudad no lo hacían con buenos propósitos. La encrucijada estaba desierta, hacía ya un par de horas que habían dejado pasar a los últimos carromatos y viajeros de aquel día. A lo lejos aún se veía la luz de alguna granja, pero se irían apagando poco a poco. Las murallas de la ciudad mantendrían encendidas las almenaras, vigilando los caminos con sus ojos de luciérnaga, pero la verdad era que estaba demasiado lejos como para ver nada de lo que ocurriese en el cruce.

Llegar hasta allí no había sido sencillo; un gato podía colarse por casi cualquier parte y, aun así, escalar la muralla pasando desapercibido era toda una proeza. Las hadas pensaban que todos los phokas eran sigilosos por poder pasar a su forma animal, pero dependía de cuál fuera y de que supieran sacarle partido. Sería divertido ver a su marido, Uro, convertido en un toro, intentando colarse discretamente en cualquier sitio.

El resto de gentiles usaban agujeros en el muro o sobornos para sus salidas ilegales, y ambas cosas conllevaban mucho más riesgo del que el gato estaba dispuesto a asumir. Aquel era un buen sitio para un encuentro clandestino, o para un asesinato discreto, y a sus clientes no les gustaba airear sus asuntos a la luz del día, algo bastante lógico cuando contratabas a un ladrón. Jadul no se dedicaba a vaciar bolsillos o robar bolsas en los mercados, no era un ratero. Su especialidad era entrar en casas y buscar botines más interesantes que el dinero, como documentos ocultos en un cajón

falso, artefactos celosamente guardados en cofres con complejos sistemas de cierre, joyas hermosas o valiosas reliquias familiares. Todas las casas guardaban algún secreto, algún tesoro.

Aunque tenía que reconocer que nunca se había reunido con nadie en aquellas condiciones. Estaba allí porque en La Capitana, una taberna bastante dudosa para beber pero estupenda para encontrar trabajos irregulares, alguien había dejado una sencilla nota en el tablón de los mercenarios: «En la encrucijada al plenilunio». No era un mensaje vulgar escrito sobre un trozo de papel y dejado a simple vista delante de todo el mundo, por eso llamó la atención de Jadul. Era una nota de ladrón, oculta en otro texto que pedía voluntarios para limpiar de vespifatas una zona cercana a las murallas. Junto al anuncio había un plano en el que se señalaba el lugar exacto a limpiar, y en aquel dibujo estaba el mensaje escondido con signos que solo un ojo entrenado era capaz de encontrar. Hacía mucho que nadie usaba aquel código. Arrancó la nota del tablón al grito de «este es mío» y, después de intentar averiguar sin éxito quién era la mano detrás del misterioso encargo, tomó la decisión de acudir a la cita. Era imprudente y peligroso, pero por suerte o por desgracia, Jadul no podía resistirse a la mezcla de curiosidad y emoción. «Los mejores trabajos son para los valientes», se decía a menudo, obviando con esta sentencia otra mucha más certera que hablaba de lo que solía pasarle a los gatos demasiado curiosos. Era un phoka. Era un ladrón y era un gato, por ahora la muerte era demasiado lenta para atraparlo.

Llevaba dos pipas fumadas con la cabeza metida en la capucha de un abrigo que cumplía bastante mal su función, y a pesar de que no se había presentado allí sin tomar precauciones y había rodeado la encrucijada de alarmas, saltaba al menor ruido que oía. Por lo menos la noche era clara: se veía bien y podía apoyarse en el viejo pilar de mármol. No le gustaba esperar de pie y el suelo húmedo no invitaba a sentarse. La red de hechizos que había tejido era costosa de mantener y empezaba a estar cansado. Si la luna llegaba a lo más alto del cielo sin que se presentase alguien, se largaría. No hacía tiempo para trasnochar al raso tan desabrigado.

Esperó un poco más porque habría sido una pena tomarse tantas molestias para llegar hasta allí sin ser visto y regresar a casa con las manos vacías. Una vez que se cerraban las puertas de la muralla, nadie podía salir ni entrar en la ciudad salvo rarísimas excepciones en las que casi siempre había un noble caprichoso de por medio. Mientras se encendía la tercera pipa le pareció escuchar algo; un susurro, un batir de alas no demasiado lejos. Miró a su alrededor, su naturaleza gatuna le permitía ver bastante bien en la oscuridad y la zona estaba despejada, pero no había nada. Sus trampas no reaccionaron a pesar de que el sonido se acercaba. Erizando la cola, acercó la mano a la espada corta que llevaba oculta a la espalda, disimulada entre la ropa. No quería sacarla, no aún. Olisqueó el aire, que se estaba volviendo denso. Aquel tufo a plumas quemadas no le resultaba familiar y tardó en darse cuenta de que era magia. Una magia poco amigable. El ruido se intensificó, ahora veía claramente una nube de pájaros que se acercaba a él. Venía arrastrando un pequeño columpio ocupado por un hada tan delgada y pálida que parecía hecha de cera. Piel blanca y ropas negrísimas, su larga melena oscura la seguía como una estela de sombras. Quien fuese que se acercase, era una maraña de humo y tinieblas.

—Buenas noches, Jadul —lo saludó mientras posaba los pies descalzos con ligereza en el suelo y su extraña montura se alejaba.

No le sorprendió que supiese su nombre, debía de haber preguntado quién se había llevado el anuncio. Había algo raro en esa hada; parecía una sluagh, pero al phoka le fallaba algo. No era realmente una sluagh, ni una mestiza. Cuando la vio mejor, se le pusieron los pelos de punta, no parecía del todo sólida. Le daba la sensación de que podía ver a través de ella, como si estuviese hecha de papel de seda.

—Buenas noches, mi señora. —Se obligó a hacer una reverencia, no quería que aquella criatura se enfadase.

—Eres valiente. —La delgada figura sonrió. Una sonrisa que era en realidad un espejismo porque la cara que la sostenía parecía estar a punto de desvanecerse en la brisa.

—Es una de mis virtudes, pero no es la única —contestó. No lo dijo por soberbia, era una advertencia. Tenía que hacerle entender al fantasma que podía ser una amenaza.

—Lo sé —respondió sosegada sin dejar de mirarlo; sus ojos eran dos trocitos de noche flotando en la niebla—. Por eso voy a contratarte.

—Pero aún no sé para qué y tampoco sé si voy a aceptar el trabajo. ¿Podrías explicarme en qué consiste?

—A medianoche, en Samhain, encenderás una vela.

Jadul frunció el ceño, era una petición tan extraña que no supo qué responder. Cualquier cosa que hubiese dicho le habría hecho quedar como un idiota. La figura pareció entender su desconcierto.

—No puedo contarte más porque las palabras imprudentes caen en oídos indiscretos y ese es un lujo que no puedo permitirme —explicó.

—Yo jamás revelo los secretos de mis clientes.

—Eso no es verdad, pero no eres tú, Jadul, quién me preocupa. Aún es pronto y todo está por tejer. No voy a explicar nada más.

—Entonces no creo que pueda aceptar vuestra petición —dijo el gato.

Esto pareció sorprender a la dama translúcida. Su presencia se volvió más etérea, tanto que el gato pudo ver claramente a través de ella.

—¿No? Que extraño... Creí que esto era un punto fijo. Está todo tan enmarañado... que aún no estoy segura de lo... Pero es así cómo debe ocurrir. Es este lugar y eres tú... sin duda... Sí, es así como... —La voz se fue apagando hasta que la figura quedó envuelta en un silencio ensimismado y se hizo aún más transparente, hasta casi desaparecer. Duró muy poco, un pequeño destello la recorrió por entero. Un rayo que la trajo de vuelta y volvió a hacer sus contornos casi sólidos. Ahora que veía mejor sus facciones, Jadul se dio cuenta de que en realidad tenía el porte de una sidhe más que el de una sluagh. Era hermosa. Hermosa y terrible.

El ladrón retrocedió un par de pasos. No entendía qué estaba pasando, pero ahora sabía que no estaba viendo a una sluagh, ni tampoco era una sidhe, aunque en aquel preciso momento lo pareciese. No tenía una palabra para describir lo que tenía delante. El hada se acercó a él deslizándose sobre el suelo. No podía moverse, estaba asustado y fascinado. Perdido en aquella exquisita belleza que olía a jazmín y a camelias. Flores de verano y de invierno. El

perfume lo adormeció hasta que no pudo hacer nada, hasta que no quiso hacer nada. Deseaba entregarle su corazón y que consumiese sus huesos hasta volverlos polvo. El hada puso sus manos sobre el rostro del gato, eran cálidas. Al verla tan cerca le pareció que sus cabellos ya no eran negros, sino de un rojo encendido. Estaba muerto de frío y al mismo tiempo rodeado de fuego. Los labios de la extraña se posaron helados sobre su frente, dejando sobre su piel un beso gélido y suave.

«En realidad no importa si aceptas o no. No te lo pedimos, el destino te ha marcado».

Lo despertó el canto de hojalata del gallo mecánico que tenía alguno de sus vecinos. Jadul bostezó y se giró en la cama para descubrir que estaba solo. Sin duda Uro se había largado a trabajar. Se enderezó despacio y se estiró perezosamente. El espejo le mostró un rostro somnoliento al que le faltaba el ojo derecho. Se rascó la cicatriz, un gesto automático que se repetía cada vez que veía su reflejo, como si aún le sorprendiese que el ojo no estuviese allí. Se levantó con otro bostezo y vio su ropa completamente manchada de tierra esparcida por el suelo. Recogió la camisa para olisquearla y algo pesado cayó a plomo al suelo. Era una bolsa abultada, parecía estar llena de monedas.

—¿Estás despierto? ¡Ven a desayunar! —La voz de su hija lo apremió desde la habitación de al lado.

Jadul miró la bolsa sin entender de dónde había salido. Junto a ella había una vela barata de sebo, de un extraño color verdoso que desprendía un olor repugnante. Alarmado lanzó las dos cosas dentro del espejo, nadie las buscaría en el mundo de los reflejos. Por ahora estarían a salvo allí. No tenía muy claro el motivo, pero sentía que eran objetos que debía poner a salvo. Se puso la camisa, se echó un viejo chal de lana sobre los hombros y salió del dormitorio con una sonrisa forzada. Manx estaba tostando pan sobre el pequeño fogón y lo miró con falsa desaprobación.

—No sé cómo estás despierto si has llegado hace un rato.

No recordaba cómo ni cuándo había llegado. Se obligó a estirar la sonrisa, lo cierto era que estaba muy cansado.

—Me ha despertado ese maldito gallo metálico, desayuno un poco y me vuelvo a la cama.

—Pensaba que ya estabas viejo para irte de juerga. Uro no está nada contento. Cuando vuelva de los recados te echará la bronca.

Se sentó con muy poca elegancia en un sillón cómodamente desvencijado. Tendría que inventarse una buena historia si no quería exponerse a una larga discusión con su esposo. Volvió a sonreír fingiendo una despreocupación que no sentía.

—Tu padre me adora, nunca me echa broncas.

Su hija dejó un plato con varias tostadas de pan dorado sobre la mesa, mientras le pasaba el cacillo lleno de café.

—Seguramente se tranquilizará cuando le cuentes tus aventuras nocturnas —se burló su hija untando su tostada con queso fresco.

Jadul se acurrucó en el sillón, sí que estaba agotado. El café humeaba, estaba muy caliente y le dio un sorbo lento. No sabía qué explicarle a su familia. Tenía la memoria en blanco y el corazón lleno de brumas.



1. La hora de la despedida

La primera vez que Nicasia cruzó las murallas de la Corte no fue capaz de admirar la grandiosa construcción, con sus enormes sillares tan perfectamente encajados que se decía que eran la obra de unos gigantes tan hábiles que no necesitaron usar argamasa para sostener las piedras. Tampoco vio las hermosas casas, ni las fachadas variopintas, ni sus tejados coloridos, cubiertos de tejas erizadas a las que la luz de la mañana arrancaba alegres destellos. No vio los balcones, ni las rejas de forja pintadas de azul, de blanco, de verde... Ni las ventanas cargadas de macetas, que la primavera radiante se encargaba de llenar de flores. Ignoraba completamente el bullicio que rodeaba la carreta.

Tampoco se fijó en la casa, aquel gran edificio con un tejado verde pizarra, tan lustroso que se irisaba bajo el sol como el caparazón de un enorme escarabajo. Cuando el carromato cruzó la puerta que llevaba hasta el gran patio, levantó la vista y enseguida notó que un manto húmedo le emborronaba los ojos. No pudo leer el cartel tallado en madera donde ponía «Carbonería». Se pasó el dorso de la mano por la cara para secarse las lágrimas. Centraba todo su esfuerzo en respirar tranquila, tratando de ignorar el amargo nudo que se le había formado en la garganta, y en apretar los labios para que no temblasen. Hasta entonces, nunca se habría imaginado que la tristeza pudiera causar dolor físico, real. Le dolía la espalda porque estaba tensa y sentía un pinchazo agudo en las sienes que estaba logrando que se marease. Conocía el miedo y la desesperación, conocía la esperanza y la decepción. La pena era algo nuevo para ella. No la sintió cuando dejó el Mercado de las

Almas, ni cuando nació el hijo al que no deseaba; estaba demasiado asustada. En su cabeza no había espacio para nada que no fuese el miedo y así debía ser, gracias a eso había sobrevivido. Ahora también estaba asustada pero, sobre todo, estaba triste.

Aquella mañana había cumplido diligentemente todas las órdenes de Eleazar. Se tomó su tiempo para trenzarse el pelo. No era una labor sencilla, le caía por debajo de la cintura, peinarlo y recogerlo era toda una tarea. Se había puesto ropa nueva; una falda larga de color azul con un corpiño a juego y una camisa de lino crudo. Nada que ver con los cómodos vestidos sueltos que había llevado hasta entonces. Había cambiado las viejas y familiares sandalias por unas botas de cuero flexible. Eran buenas prendas, la primera ropa verdaderamente digna de ese nombre que tenía, pero no estaba de humor para disfrutarlas. Ninguno de los regalos que había recibido aquella mañana la consoló lo más mínimo.

Había sido dócil porque sabía que no tenía alternativa. Nunca la tenía. Su vida era un camino recto, sin bifurcaciones ni elecciones. Seguir adelante como única opción, huir, dejar cosas atrás, peregrinar de un lugar a otro sin detenerse nunca, cubriendo nuevas etapas de su viaje. Se preguntaba hasta cuándo podría soportarlo.

Eleazar apareció en la tienda justo cuando acababa de vestirse. Intentaba sonreír, pero era tan evidente que se sentía incómodo que la sonrisa se deshizo al instante.

—¡Nunca te había visto tan guapa! —le dijo. Sus palabras parecían sinceras, el tono de alegría no tanto.

Ella no estaba muy segura de qué contestar, así que no lo hizo, asintió un poco con la cabeza y se sentó en el pequeño baúl donde ahora estaban todas sus cosas, poniendo las manos en el regazo.

—He venido a darte algo muy importante, Nicasia —le dijo Eleazar señalando una bolsa de viaje. No se acostumbraba todavía a aquel nombre.

La mestiza miró a su visitante hastiada. Desde que le dijeron que iba a dejar la caravana de los Ibn Bahar, le habían hecho algunos regalos: ropa, algunas herramientas, un par de mantas... Todos estos gestos estaban destinados a demostrar que eran generosos con ella. Habían corrido un gran peligro al aceptar a una mestiza goblin, una fugitiva según las leyes del Mercado de las Al-

mas y una indeseable según las de TerraLinde, que dictaminaban que cualquier goblin que fuese encontrado fuera de las Ciudades de Piedra debía ser ejecutado. Los mestizos como ella no eran una excepción. La caravana le dio cobijo y ahora la dejaban en la capital del reino, con un trabajo y un pequeño ajuar. Ella les habría estado agradecida de no haber sido porque sabía que no les movía la generosidad. Estaban obligados a cumplir el juramento de lealtad de Eleazar. Sin esa atadura, la habrían abandonado a su suerte en cualquier encrucijada. Los regalos eran un seguro, un modo de demostrar que el juramento estaba cumplido. Servían para proteger a Eleazar, no eran auténtica y desprendida generosidad. Eran una transacción, un trámite entre comerciantes. Los Ibn Bahar nunca la habían tratado bien ni se habían molestado en disimular que tenían prisa por librarse de ella. Y a pesar de todo, quería quedarse en la caravana. Estaba acostumbrada a no ser bienvenida, a las tareas ingratas, incluso a la humillación. No necesitaba sentirse querida, pero le aterraba sentirse sola.

Eleazar Ibn Bahar la conocía desde que era un bebé, había sido su profesor y su guía. Era la única hada que, de un modo u otro, siempre había estado presente en su vida. Habían sido esclavos para la misma familia. Eleazar le contaba a escondidas cuentos del mundo exterior. Les dio clases a su hermano Yirkash y a ella. Las dos únicas hadas que le habían demostrado cariño, que se habían preocupado por ella. Ahora sabía que su tutor se había valido de ella para escapar de la esclavitud. Fuera de la montaña, su actitud hacia ella cambió. El cariño se convirtió en distante corrección, cumplió sus deberes con respecto al juramento que le había hecho a Yirkash, nada más. A pesar de saberlo, a pesar de la mezcla de rabia y dolor que le quemaba el pecho, la idea de perderlo le resultaba devastadora.

—Tu hermano quiso darte algunos regalos —le dijo mientras miraba por encima de su hombro para asegurarse de que estaban solos. Sacó un paquete de la bolsa y se lo ofreció a la mestiza.

Ella lo cogió confundida y lo abrió sin hacer preguntas. Descubrió un cuaderno con tapas de metal y un cierre de artesanía goblin. La tapa tenía grabados el emblema del Clan del Yunque. No necesitaba abrirlo para imaginarse qué era; había visto otro cuader-

no como aquel en casa del padre de Yirkash, su primer amo. Lo apretó contra el pecho.

—¿Mi hermano te dio su cuaderno de herrero?

Eleazar no se sorprendió con aquella pregunta. Los goblins tenían gran aprecio a sus cuadernos de trabajo y rara vez los cedían. Era una herencia que solía pasarse de padres a hijos. Cada artesano goblin escribía el suyo; guardaban conocimientos ancestrales y todos los registros de la vida familiar. Era una mezcla entre diario, grimorio y manual de trabajo.

—Es una copia del suyo. Me hizo jurar que te lo daría cuando estuvieses realmente a salvo y que no dejaría que nadie, salvo tú, lo viese.

Un juramento muy lógico. Las notas contenían secretos de forja goblin, técnicas de construcción y hechizos poderosos. Estaban escritas con código cifrado que muy pocos conocían. Eleazar no había sido capaz de descifrarlo, aunque Nicasia estaba bastante segura de que lo había intentado. Era inútil, solo alguien del Clan del Yunque habría podido, y por lo que ella sabía quedaban muy pocos vivos. Sacar uno de esos cuadernos de la Ciudad de la Piedra, o copiarlos sin permiso, era un delito que se castigaba con la muerte. Una vez más, Yirkash había corrido un gran peligro por ella. Abrazó el cuaderno con fuerza.

—Debiste habérmelo dado antes.

—¿Y dónde lo habrías escondido? —le preguntó recordándole que en la caravana todo el mundo la vigilaba.

—Pudiste decirme al menos que lo tenías —insistió ella. No creía que Eleazar estuviese siendo sincero.

—Me daba miedo, habrías querido quedártelo. La caravana no es un lugar donde se valore la privacidad, habría fallado a mi juramento.

—Si me lo hubieses dado, habrías quedado liberado de tu carga —le reprochó sin miramientos.

—Imagina que mi familia hubiera descubierto que lo tenías. Te habrían obligado a descifrarlo para ellos. No quería que eso ocurriese. Se lo debo a Yirkash, os lo debo a los dos. No me olvido de que vosotros me devolvisteis la libertad —argumentó Eleazar en un tono tan paternalista que la mestiza tuvo ganas de gritar.

«Y me lo pagas deshaciéndote de mí». Se guardó esas palabras porque eran demasiado dolorosas para decirlas en voz alta. Además, no quería ofenderlo, quizás aún podía conseguir que cambiase de opinión. Quizás aún podía encontrar el modo de quedarse a su lado. Centró la atención en el segundo paquete, una caja de madera pequeña. Guardaba dos alfileres, cada uno rematado por un diminuto rostro femenino delicadamente trabajado pese que no eran mayores que una uña.

—Póntelos en los puños de las mangas —le explicó su maestro.

La mestiza obedeció. Eleazar sonrió maravillado cuando enganchó el primer broche. Sin decirle nada, le pasó un espejo de mano y la invitó a mirarse con un gesto. Estuvo a punto de soltarlo de golpe, lo habría hecho si el Ibn Bahar no hubiese estado a su espalda. El espejo le mostraba una imagen que no conocía; el fondo negro de sus ojos ya no estaba, ahora sus pupilas azules flotaban en un anodino color blanco. Su mirada era idéntica a la del resto de las hadas. Sus dientes también habían cambiado, se pasaba la lengua por ellos, confusa, y le parecía que estaban como siempre pero los de la imagen no eran puntiagudos. Incluso sus orejas parecían más pequeñas. Permanecía la piel blanca, la gruesa trenza, larga y pálida como un jirón de niebla y el aire desgarrado. Era ella y al mismo tiempo era algo diferente. Una vez se hubieron esfumado los rasgos goblins, el espejo mostraba a una auténtica knocker. Al mirarse se preguntó si se parecía en algo a la madre que no llegó a conocer.

—Nadie te confundirá con un goblin. Podrás vivir en la Corte sin ningún tipo de temor. ¿Qué te parece? —le dijo su protector entusiasmado.

—Es raro —contestó tocándose la mejilla—. Es muy raro.

El precio para poder ser libre era dejar de ser ella. Se preguntaba si sería capaz de pagarlo.

—Desde ahora ya no eres una mestiza goblin, ni una esclava de la Ciudad de Piedra. Ahora eres una knocker, una aprendiz del Gremio de Constructores. Una herrera.

—Nicasia —dijo sin poder apartar la vista del espejo, tratando de comprobar si aquel nombre era el que correspondía con el rostro que estaba viendo.

Eleazar le puso ese nombre en el desierto, el día que dio a luz a su hijo.

—Exacto, Nicasia. Es un bonito nombre, hazlo grande.

Nicasia volvió a mirar su reflejo. Ya no era la esclava del Clan del Yunque, ni la concubina de nadie. La fugitiva de la Ciudad de Piedra quedaría escondida, junto con su pasado, junto a su antiguo rostro. Era quizás lo único positivo de aquella situación. Nunca le había gustado ser Nanyalín, la esclava, la asesina, la madre de monstruos.

—Te dejo para que disfrutes el momento, tengo que montar la carreta. Partiremos antes del mediodía.

La momentánea felicidad se deshizo con aquella frase. La idea de que con un nuevo rostro quizás podría quedarse en la caravana se esfumó de golpe. No importaba que ahora pareciese una knocker. No lo era. Nunca lo sería. Viviría siempre entre dos mundos, una parte de su vida estaría a la vista de todos y otra sería clandestina. Ser goblin era un delito. Y los Ibn Bahar eran la cara amable del rechazo; se limitaban a echarla, otros no serían tan comprensivos. Volvió a sentarse en su baúl con la cabeza llena de ideas tristes, el pesimismo y la rabia la desbordaban. Trató de mantenerse fría. No estaba adoptando la actitud correcta. Era inevitable que los Ibn Bahar la enviaran a la Corte de los Espejos. No la querían con ellos y Eleazar no iba a mediar para que se quedase. Las mujeres de la familia, su esposa, su madre e incluso sus hijas, la odiaban sin disimulos y eso no iba a cambiar. Tenía que aceptarlo, la caravana no era su lugar y darle más vueltas no serviría de nada.

Regresó de sus recuerdos cuando el carro se detuvo en el patio. Eleazar se bajó del pescante para hablar con otro knocker. Era muy alto y muy delgado, tanto que parecía imposible que esos brazos de alambre tuviesen la fuerza suficiente para levantar un martillo. Una melena salvaje y despeinada le revoloteaba alrededor de la cabeza. La nariz, larga y puntiaguda, sobresalía del rostro como si intentase huir del cuerpo larguirucho y desmañado. Un ceño muy fruncido y unas mejillas chupadas acababan de formar un rostro poco agradable. Llevaba la ropa arrugada y llena de manchas pese al mandil de ante que le colgaba del cuello. Las herramientas que sobresalían de los múltiples bolsillos estaban muy usadas, con

mangos de madera pulidos por el uso y metal ennegrecido. Comparada con Eleazar, que se había vestido con una elegante túnica azafrán y llevaba el pelo aceitado, con todas sus finas trenzas recogidas en un complejo moño apretado contra la nuca, atado con hilo de oro, la figura del knocker parecía muy vulgar. Vio cómo ambos la miraban sin demasiado disimulo y bajó los ojos aterrada. Eso no le impidió ver al Ibn Bahar darle una bolsa de dinero bastante abultada al tipo del mandil. Suponía que le pagaba para que se hiciese cargo de ella. Seguía siendo una mercancía. Eleazar sacó un pliego de papel y el tipo alto la miró de reojo.

—Creo que deberíamos ultimar algunos detalles en mi despacho —gruñó el knocker, y luego se giró hacia ella—. Espera aquí un segundo y ve sacando tus cosas.

Eleazar asintió sin disimular su hastío y ambos salieron del patio. Nicasia se quedó sola. Bajó de la carreta. Ahora que sabía que su suerte estaba totalmente decidida se sentía intrigada por conocer el lugar en el que iba a vivir. Tres knockers la estaban observando desde una de las ventanas. Les devolvió la mirada sin reparo. Durante todo el camino se había preguntado si el hechizo serviría para hacerse pasar por uno de ellos. Parecía que sí, ya que aquellos tres no la miraban con extrañeza, y aunque cuchicheaban entre ellos y se reían con disimulo, parecían más intrigados que suspicaces. Conocía aquel comportamiento. Cuando entraba un esclavo nuevo en casa de Yirkash ella había hecho lo mismo, cotillear sobre el nuevo y hacer apuestas sobre su futuro. Aquello parecía tan lejano en el tiempo que era casi como si ese recuerdo perteneciese a otra vida.

Los knockers tenían la piel pálida, aunque no tanto como la suya. Sus caras eran angulosas y delgadas. Se parecían mucho más a los goblins de lo que esperaba. No eran verdes ni tenían los dientes afilados, pero el brillo malicioso de sus miradas, los gestos traviosos y los cuerpos fibrosos estaban allí. Era innegable, aunque ninguna de las dos razas quisiese reconocerlo, que estaban emparentados. Los curiosos desaparecieron a toda prisa en cuanto Eleazar regresó con el knocker alto.

—Nicasia —la llamó—. Este es el Maestro Avispa y será tu patrón a partir de hoy.